

bo de Ozumba, continuaré trayéndoles sus rayas de México, cobrándoles cien pesos por cada mil, y partiendo con Ud. las utilidades.

Esto es lo que hay que hacer, yo le describiré en un papel el punto exacto donde llegará el dinero mañana en la noche, y vamos ¡D. Salomé de los veinte mil ya no quiero los siete, pues me conformo con cinco mil. Si á Ud. le parecen todos mis planes hay que apresurarse, por la madre de Dios! ¡Yo también soy D. José!

Salomé había oído atentamente sin perder detalles, y sonreía de la astucia de aquél gachupín, quien tanto le estaba simpatizando. Al concluir aquel de hablar, éste por toda respuesta le tendió la mano, se la estrechó y le dijo: Acepto todo, D. José, vamos á comer y esta noche la emprenderemos: si hay *base* cuente con su parte.

Se metieron en una casita, tomaron un buen caldo de gallina, huevos fritos, queso, picante, frijoles y tortillas calientes, y al terminar, dijo D. José alegremente — todo muy bueno, — y á Uds. que les gusta el atole, les voy á mandar regalar dos huacales de panela!

Todos se rieron del ofrecimiento, y desde esa vez, se hizo popular en aquel rumbo, cuando se trataba de tomar parte en algún negocio ventajoso, decía: “Yo también soy D. José.”

En la tarde se pusieron en camino para Atlihuayan, donde se quedó D. José escondido. Allí se reunieron como cien plateados, y salieron en la noche rumbo á Nepantla y Tepeitlixpa al mando de Salomé Placencia, y siguiendo el itinerario marcado por D. José.

Este llegó á su casa en la noche del tercero día, quejándose amargamente del plagio con todo el mundo, pero con sus cinco mil pesos guardados.

Las Haciendas lamentaron el gran robo que habían sufrido de veinte mil pesos en los límites de México con Morelos, sintieron la coincidencia desgraciada del robo con el plagio que sufrió D. José.

Pudo notarse, no obstante, un mes después, que Atolaguirre recibía de los plateados extrañas consideraciones; hasta llegó á saberse que los proveía de armas, parque, etc., pero esta circunstancia la volvieron á aprovechar en sus remesas y cambio de Letras, las haciendas del rumbo y sin darse otro caso de robo de rayas, le abonaban un buen tanto por ciento á D. José, por los cambios que él iba á cobrar á México, y que con esto y su comercio, llegó á formar una fortuna envidiable.

D. José bendecía el paseo á caballo en calzoncillo blanco, con Salomé Placencia, pues de ese paseo vino su fortuna.

CAPITULO IV.

Bandidos y Sátiros.

Su comercio.

ENTRE aquella plaga de bandidos, que antes como ahora, se levantara asoladora y terrible en el Estado de Morelos, descuellan nombres execrables, como Juan Meneses, de Tepeojuma que mataba por gusto, y otros como Juan Perna (a) “El Chintete,” Pablo Amado, Silvestre Rojas, Manuel Michaca, Vicente Zacacuaxtle, Tomás Valladares (a) “Cara de Pana” y otros muchos que además de plagiarios, ladrones y asesinos, vendían indignamente al mejor postor, á las pobres jóvenes raptadas.

Diremos á nuestros lectores algunos de aquellos sucesos reprochables por la humanidad y por la civilización, ya que sería preciso escribir una obra voluminosa para consignar todos aquellos crímenes, de tan feroces sátiros y bandidos.

Corridas las amonestaciones matrimoniales en la Parroquia del pueblo de Jantetelco, de los jóvenes Juan Reyes y María Cerezo, y cumplidos los demás requisitos del rito católico, se dispusieron á unir sus destinos con los indisolubles lazos del Himeneo.

No pertenecían estos jóvenes á la clase acomodada de la sociedad; tampoco eran de las últimas, y arreglaron sus preparativos con el entusiasmo y bullicio propio de los pueblos y acostumbrados en aquel rumbo. Degüello de cerdos y de guajolotes, desde la víspera, para el clásico mole, invitación de una música de viento y el instrumento favorito de David para los alegres zapateados.

Amaneció por fin el hermoso día para la realización de los sueños de felicidad de aquella pareja. La novia, bonita muchacha, gallarda y gentil con su traje de fiesta y el endomingado novio, se encaminaron á la iglesia á la hora conveniente, en unión de sus padrinos y seguidos de numeroso acompañamiento de curiosos, para recibir la bendición nupcial.

Faltaba ya corta distancia para llegar al templo, cuando es alcanzado aquel grupo en que van los novios por gentes que corren, gritando: 'los Plateados;' y al mismo tiempo desembocan en aquella calle muchos hombres á caballo, también corriendo. Es Manuel Michaca con una partida de aquellos fascinerosos

El numeroso grupo en que van los novios se dispersa en todos sentidos, atropeyándose por el susto. Novios y padri-

nos tratan de ganar la Iglesia, y los bandidos que se han dado cuenta de que se trata de un casamiento, cargan sobre aquella gente, y uno de ellos, Manuel Michaca, arrebató á la novia, la atraviesa sobre su caballo, diciendo: "buena prenda" y siguen á galope por toda la calle, saliendo del pueblo.

El novio ha recibido un caballazo y ha quedado tirado en medio de la calle, sin sentido, manándole la sangre de un golpe en la cabeza.

Aquella iniciada fiesta de un casamiento, terminó en sus principios con el fatal acontecimiento antes dicho; y aunque la indignación de aquellas gentes fué grande, nadie se atrevió á perseguir á tan feroces bandoleros.

Durante tres ó cuatro días suplió al novio de María Cerezo, el raptor Manuel Michaca; otro bandido le ofreció cincuenta pesos por ella y tuvo que deshacerse de "la prenda." El nuevo poseedor la volvió á vender en cuarenta, después de quince días, y el tercer dueño la remató en veinticinco, á los ocho días. La habían llevado por Yecapixtla, Ocuituco y Totolapa, donde la dejaron libre, pero enferma.

Jamás volvió á saber de su novio, ni quiso regresar á su pueblo. ¡Los bandidos habían impedido que se formara un hogar honrado!

Josefa Casarrubias, de la Hacienda de Casasano, era una preciosa morena, que tenía toda la sal y garbo de las majas andaluzas. Ojos grandes, negros, con pestañas también grandes y rizadas; frescos y carnosos labios, fino talle, pié pequeño y andar menudo y cimbreador.

Tuvo la desgracia de que la conociera uno de aquellos "Plateados" y desde luego pensó en sacar provecho de su hallazgo.

1020005228

Como se ayudaban unos á otros para cometer sus crímenes, convidó á diez de los suyos para robar á la joven Casarrubias, al mismo tiempo que citaba á otros diez más para una noche determinada, á fin de presentarles á todos á la bella muchacha, para adjudicársela al mejor postor.

Vicente Zacacuaxtle, pues era este el bandido que había propuesto á sus compañeros, semejante indignidad, se encaminaron una noche con sus diez compañeros á la mencionada Hacienda. Llegan á esa hora en que las luces de las casitas de los pueblos cortos y haciendas se van extinguiendo poco á poco para entregarse al descanso, después de un rudo trabajo en el campo. A esa hora en que el silencio comienza á reinar en aquellos lugares, interrumpido solamente de cuando en cuando, por los perros vigilantes de esos hogares desamparados.

Los bandidos procuran hacer el menos ruido posible. Entran muy despacio, sigilosamente, como una manada de feroces lobos que llega acechando cautelosamente á su presa, alargando el pescuezo y con las terribles fauces abiertas para caer sobre ella.

Aquellos hombres se acercan á la casa de la simpática Josefa, se bajan dos de ellos de sus caballos y saltando la cerca baja de "tecorral," de un corral contiguo á la casa donde vive la joven, prenden fuego á un gran montón de zacate seco de maíz, hacinado cuidadosamente en un ángulo del corral. Los dos incendiarios corren á unirse con sus compañeros, montan nuevamente en sus caballos y se retiran todos de aquel lugar, escondiéndose, pero sin perder de vista la casa que acechan.

Cunde rápidamente el incendio del zacate con grave peligro de las casas próximas. Algunos vecinos, que no se habían acostado todavía á dormir, que oyen el chisporroteo de

la lumbre y ven la rojiza claridad del incendio, alarman con sus gritos de "*quemazón*" y sale espantada la gente de las cercanas casas. Los hombres corren á tratar de extinguir el fuego, ó contenerlo, y las mujeres lloran y gritan llamando á todos los santos del cielo en auxilio de su desgracia, como tienen costumbre.

La joven Josefa Casarrubias es de las tímidas expectadoras de la "*quemazón*" y como en su casa no dormían aún, han sido de los primeros que salieron á los gritos de alarma. Su padre y sus hermanos se unen á los demás vecinos para procurar apagar el incendio, y ella, la madre y otras mujeres, contemplan á distancia el zacate que se consume por el fuego.

Intempestivamente se siente sujeta por un hombre que la levanta con la ligereza de una pluma; sus gritos son sofocados por los demás gritos de las gentes con el susto del incendio; pero la madre y las demás mujeres, que se han dado cuenta de que se roban á dicha joven, procuran en vano advertirlo á los vecinos con la prontitud que quisieran, y los bandidos tienen tiempo de huir á galope, llevándose á la desdichada Josefa.

*
* *

En una amplia y ruínosa casa del pueblo de Oaxtepec, se hallaban reunidos en la noche de los sucesos anteriores, diez ó quince hombres de aspecto patibulario por su desaseo. Sus rostros denegridos por la tierra y el polvo, más que por el sol la barba crecida é hirsuto el lacio cabello, cuyos mechones salen bajo los anchos y galoneados sombreros que tienen puestos.

Tienen cerrada la puerta que comunica con la calle, sus caballos ensillados están en el gran patio ó corral de dicha casa, y se ocupan unos en jugar "*baraja*" y otros en pasarse

de mano en mano una botella de catalán, de la que beben con avidez, gesticulando después horriblemente. Sobre la mesa en que juegan á la baraja, hay varias botellas llenas de licores, un gran trozo de queso, sardinas y pan.

Parece que esperan á alguien, pues uno de ellos dijo: Si nos engaña ese y no trae "*la prenda*," —palabra entre ellos, para designar á las mujeres—debemos aplicarle un buen castigo.

Lo merece, —añadió un segundo—pues no estamos para perder el tiempo de balde. Yo tenía "un bolado" de importancia.

Sí....sí....dijeron todos, le aplicaremos un buen castigo si no trae á la buena moza, y le cambiaremos el nombre de Zacacuaxtle por Saca.....—y completaron la frase con aquella palabra de Cambrone en Waterloo.

Oyen como á las diez de la noche un violento tropel de caballos que se acerca y todos prorrumpen en gritos: ¡Es él!¡es Zacacuaxtle! si viene sin la prenda, cintarazo con él! —Y otro agregó —Y si no nos gusta cintarazo con él.

Y si quiere muy caro, ¡cintarazo con él! —concluyó otro; quizá el más avaro de aquellos hombres.

Llegó el tropel de caballos á la puerta de la casa, se detuvieron, y unos fuertes manazos llamaron diciendo: ¡Abran! que aquí está la niña!

Todos los bandidos que esperaban, emborrachándose, en el interior de la casa aquella, se precipitan á la puerta y abren violentamente. Buscan en la sombra con ojos felinos á la joven, al mismo tiempo que gritan: ¿dónde está esa niña, Zacacuaxtle? Este ha desmontado ya de su caballo; ha bajado á la joven, á quien sostiene en sus brazos, y les contesta: Aquí está, vamos pronto para dentro.

Entran todos en la casa, pasan los caballos de los recién llegados hacia al patio y forman un círculo al rededor de

Zacacuaxtle y la joven, quienes han quedado en el centro.

¡Viva Josefita! ¡viva! gritan todos aquellos bandidos, que la devoran con sus miradas lujuriosas.

Esta recorre con mirada rápida el círculo defascinerados que la rodea. Está pálida, asombrada, llorosa, no revela abatimiento y hace un gesto de asco y de desdén hacia aquellos hombres. Le acercan una silla, en la que se deja caer, cubriéndose el rostro con las manos.

Hermosa, linda, preciosa es la morenita, —dijeron varios. Al negocio! —interrumpió otro —yo doy cincuenta pesos por ella!

—Yo doy sesenta, y dos pesos á cada uno de los que fueron á traerla.—dijo otro.

—Yo doy cincuenta pesos y mi caballo que vale cien.—repuso otro.

—Haber, Zacacuaxtle! —gritó un tercero —¿cuánto quieres por ella? ¡dílo pronto!

—Doscientos pesos, ahora mismo —contestó el interpelado —mañana, se las daré por ciento cincuenta.

¡Nó! ¡Nó! ¡Nó! —gritaron todos—¡Ahora que se arregle! Propongo una cosa, —gritó uno de ellos—estamos aquí veinte, saque cada uno diez pesos y juntamos los doscientos entre todos; la rifamos en albures, y el que les gane á todos, ese le da los doscientos pesos á Zacacuaxtle y se queda con la niña.

Bueno! Bueno! aceptado! —dijeron todos.

Yo también entro en la rifa —se apresuró á decir Zacacuaxtle; si les gano á todos, me quedo con los doscientos pesos y la joven, y si gana otro, me da el dinero, y le doy á la Josefita.

Sí....sí, dijeron los bandidos, pero solo recibirás los doscientos.

Todos se dirijen al rededor de la mesa, incluso Sacacuaxtle, sacando sus diez pesos cada uno de ellos.

Josefa se descubre la cara, lanzándoles miradas de coraje y de odio.

Los bandidos se aperciben del pan, el queso y las sardinas, y alguien dice: "*mientras que se alimente la niña,*" y le llevan de todo esto, que le ponen enfrente sobre otra silla, diciéndole: "*coma chulita, y no esté triste; con nosotros se ha de dar muchos gustos,*" y comienzan su juego criminal, vaciando á sorbos botellas de catalán.

Comienzan las disputas sobre las apuestas. No quedan conformes los que pierden, y todos quieren barajar. ¡Ya estan borrachos!

Continúa el juego, y cada vez se acaloran más las disputas; ya lanzan gritos y palabras descompuestas. Suenan por fin las bofetadas; se produce una confusión espantosa; sacan sus armas, y ruedan las botellas por el suelo á los empellones y golpes que se dan unos con otros. Poco les importa perder el dinero, pues lo tienen cuando quieren; pero nadie se conforma con perder á la bella Josefina.

Se multiplican los golpes, y algunos ya heridos van á hacer uso de sus mosquetes, cuando uno grita "¡traición! se han llevado á la muchacha!

Todos suspenden azorados su rabiosa pelea, y buscan á la joven por el cuarto con los ojos desmesuradamente abiertos.

Efectivamente, la joven Josefa había desaparecido del cuarto, antes de que se decidiese la partida.

Contémonos—dijo Sacacuaxtle—éramos veinte y debe faltar el traidor.

—Sí, ¡cuéntenos!—agregó otro.

Se contaron aquellos hombres, y resultaron veinticinco,

en vez de veinte. No puede ser esto!—repuso otro.—Haber, yo los conozco á todos, fórmense.

Se formaron aquellos bandidos, (á quienes hasta la borrachera se les había quitado,) y el que los contaba agregó: Quedamos aquí en espera catorce, haber! tú, y tú, y tú, y contó hasta catorce, con él.

Yo llevé diez á traer á la muchacha—dijo Sacacuaxtle.—Haber tú, y tú, y tú. y contó diez, y él once. Somos veinticinco, y nadie falta!

¡Imposible que haya huído sola!—decían—aquí está el pan y el queso, no comió nada, y alguno nos la vino á sacar por el patio, pues dejamos abierta esa puerta.

Todos se lanzaron al patio, con las armas en la mano, lanzando terribles imprecaciones y amenazas; pero la noche estaba oscura y no pudieron descubrir nada. Sacaron y encendieron ceras enrolladas, que siempre cargaban, y lo registraron todo, sin encontrar ni las huellas de la joven. El patio se limitaba por un lado, por grandes platanares, que se sucedían interminables y en ligero descenso hasta el río. Nó, era imposible que aquella muchacha se hubiera atrevido á fugarse sola, por entre las sombras pavorosas de aquel bosque. La cerca del patio era baja por ese lado, saltaron algunos hombres al platanar, y con la luz de las ceras, hicieron sus pesquisas por todos lados, en un gran trecho de aquella huerta, sin resultado favorable.

Volvieron al cuarto. Llenos de furiosa indignación, resolvieron dividirse y apostarse en la misma noche en todas las salidas del pueblo, y matar sin piedad á la muchacha y á sus acompañantes si pasaban antes de amanecer, pues de lo contrario, la buscarían á la luz del día por todas partes; jurando que no se les escaparía.

La hermosa morena de Casasano, la garbosa maja anda

luza, de talle cimbreador, había retado á muerte á la cuadrilla de feroces sátiros, que se la disputaban cínicamente en un albur.

Un corazoncito bien puesto, palpitaba en su pecho; no tuvo miedo de aquellos bandidos que le parecieron repugnantes, y al ver que comenzaron á jugar su desgracia, todo el fuego de su sangre morena subi6le á la cabeza decidiendo morir antes que ser el escarnio de aquellos hombres.

Formada esta enérgica resolución, todos los demás peligros le parecieron insignificantes; y pensó en la fuga, luego que se vió sola en el rincón del cuarto, y que los bandidos tenían, todos, fija su atención en la baraja.

Se deslizó alargándose fuera de la puerta del patio,—si me ven, pensó—diré que salgo á una necesidad—siguió de frente hasta encontrar la cerca baja que limitaba al patio con la huerta, subió ágilmente y se lanzó al otro lado sin pensar en el peligro. Una vez en la huerta, avanza en un sentido pegada á la cerca; llega á la esquina ó ángulo saliente del patio que acaba de abandonar, y sigue en toda su dirección por el lado exterior; toca otra esquina y continúa alejándose ahora de la casa en que están los bandidos.

Tropieza, cae algunas veces; pero camina resuelta rozándose siempre á las cercas y paredes que toca, y que son para ella el camino que se ha propuesto seguir. Encuentra por fin una abertura en una cerca, después de haber andado como una hora. Es una entrada estrecha que dá á un patio. Entra en él la joven, sigue la dirección interior, y llega junto á una casita donde oye una voz de anciana que reza. Si le grito á esta señora—pensó—se asustará y puede descubrirme; esperaré aquí hasta mañana. Se envolvió la cabeza con su rebozo, y se acurrucó en el suelo en donde al fin se quedó dormida. Se encontraba á gran distancia de la casa

en que dejó á los bandidos, pues por ese lado del río, se unen las huertas, sin más calle que la pedregosa salida para Yautepec, única que divide al pueblo de Oaxtepec por ese lado.

Tuvo temores de que la viera á otro día la señora de aquella casa, y luego que amaneció se dirigió de nuevo á las huertas; encontró un ancho pozo, especie de zanja, y se metió y se tendió dentro cubriéndose con las anchas hojas secas de los plátanos que había por el suelo. Sentía más miedo que en la noche. Como á las doce del día, oyó rumores de voces que pasaron cerca y se alejaron: pero ella permaneció inmóvil. En la tarde sintió hambre y sed, mas no hizo caso de ello. Volvió á oscurecerse, vino la noche, y salió de su escondite procurando deshacer su camino de en la mañana. Con mucha dificultad, pudo por fin hallar la entrada del patio de la casita donde durmió en la noche anterior. Se acostó en el mismo lugar.

Sola despertó al siguiente día, cuando la sacudían y le gritaban. ¿Quién es Ud. señora? ¿qué está haciendo aquí? Abrió los ojos espantada, se descubrió la cara, y vió el rostro de una anciana, que era tal vez la que habitaba aquella casita. Señora,—balbutió Josefa.—deme Ud. agua, me muerdo de sed y de hambre.

La buena mujer procura levantarla, diciéndole: Oh! ¡míñal! ¿pero de dónde viene Ud. aquí? levántese, vamos dentro y le daré todo.

Con gran trabajo se puso en pié la joven, la llevó la anciana para el interior de la casita, y le dió un poco de café y pan. Después le contó que habían estado los plateados en el pueblo todo el día; que quién sabe á quien buscaron en todas las casas y en las huertas, y que se habían ido, diciendo que volverían á quemar al pueblo. ¿Y vinieron

aquí? preguntó la joven estremeciéndose. —¿Cómo nó? niña! vinieron, pero luego se fueron. Tal vez buscaron á Ud. y María Santísima la hizo invisible.

Josefa le refirió los sucesos á aquella buena anciana, quien la animó á tener fé en Dios, y que nada le sucedería. Ocho días la tuvo en su casa; los bandidos no volvieron, y la joven se fué al curato recomendada por la anciana.

Los bandidos no volvieron á saber de ella. Alguien inventó que aquella joven tenía pacto con el diablo, y que él se las había quitado.

Su familia la iba á ver á Oaxtepec con infinitas precauciones.

Hacia más de un año que estaban casados Anselmo Orozco y Agustina Rodríguez, contando ésta, apenas diez y ocho años de edad.

Se habían radicado en Yautepec y vivían felices, sin tener todavía familia. Anselmo se dedicaba á la panadería, que trabajaba por cuenta propia en algunas tiendas y se ponía en la plaza con una mesa á expender el sobrante.

Como el pan que elaboraban, era grande y bueno, vendían mucho, y corría la voz de que tenían guardado algún dinero.

Sea la codicia del dinero, sea la codicia de la mujer, pues Agustina era una muchacha muy bien parecida, llegó una noche en que el bandido Juan Perna (a) el "Chintete," se presentó en la casa de Anselmo, y con amenazas y promesas, logró que éste le abriera la puerta. Juan Perna iba con otros cuatro, á pié, y le dijo á Anselmo que llevaba recado de Salomé Placencia, de que le mandara el dinero que tenía guardado.

Yo no tengo nada guardado de D. Salomé, contestó Anselmo, pero ni mío tampoco.

Pues entonces me llevo á Ud. y á su mujer, esa es la orden.

No creo—volvió á decir Anselmo.—Que D. Salomé, que es un hombre bueno, quiera perjudicar á un pobre, cuando él sólo se entiende con los ricos.

—Ud. me dá el dinero, y es cuanto, no vengo á sufrir negativas.

—Pues búsquelo Ud.—haber si lo haya, no lo tenemos,—repitió Anselmo.

El "Chintete," por toda respuesta le dispara un balazo en la frente al infeliz panadero, quien cayó muerto y bañado en sangre.

Agustina dió un grito de espanto; pero el bandido se arrojó sobre ella, diciéndole: cálese porque la mato también, vengase conmigo, y ustedes busquen el dinero, y al mismo tiempo arrastraba para la calle á la pobre mujer.

Aquel asesino tuvo á la joven Agustina Rodríguez, unos cuantos días, y la vendió por diez pesos á otro desalmado.

Salomé Placencia, que supo lo sucedido, y que "El Chintete" había dicho, que él ordenaba aquel miserable robo, lo condenó á muerte por asesino y cobarde, y el feroz Juan Perna, (a) "El Chintete," tuvo que alejarse, y hacer sus correrías como cabecilla de unos pocos bandidos, tan viles como él.

Este asesino sobrevivió sin embargo á casi todos aquellos bandidos.

Diez años más tarde cayó en poder de la justicia, y como gritara como un cobarde cuando lo iban á fusilar, se le amordazó y se le metió en un saco, llegando ya muerto al lugar de la ejecución.